

HEBDOMADA*

JAIME GARCÍA TERRÉS

I

Irrevocable prisionero
en esta vaga red que llaman Cero
—el confuso mito reptando,
untándose a los cuerpos de callada,
bajo la luz fría del plenilunio,
mientras las tinieblas lo recuperan
para destrenzarlo de nueva cuenta.
Más y más prisionero por el aire
sediento, por tantas habladurías
que se ciernen blandas
al tacto y al ojo del cautiverio.
Móvil, pero no libre,
condensación lúbrica de veredas
hace mucho tiempo deshabitadas
y vueltas ludibrio contra sí mismas.
Entre muros profanos
sólida soledad, ay, al garete.

II

¿Adónde se fueron los escribanos
y los cartógrafos? Cuesta de nadie,
díriase,
ésta que van subiendo
a ciegas, mortal el paso,
efímeros, todos esos paisajes.
Búsquese noticia meticulosa
de la tradición, amparo
a la fragilidad y al extravío;
que amanezcan fuentes los páramos
tendidos a merced de cada templo sórdido.
Que las flores se alcen
a esperanza del viajero
y un lecho de cordura las guarnezca.

III

Pero lo que decíamos ayer no vale ya
ni lo recompondrá la paz estrecha
del comer y dormir en horas venideras.
De cuanto logre suceder nada sabemos.
Así las sequedades como los alborotos
reforman al instante sus brechas y sus leyes.
No hay memoria de cuerpo
más que si el alma no estuviese en él.
Porque los jazmines han muerto;
la devoción flaquea;
negros se ven los peregrinos a lo lejos
y nadie los escucha, porque ciegos
y mudos andan.
Los jazmines han muerto:
corta sus pétalos marchitos
y con la poca sangre rezagada
lava tus manos hasta disolverlas.
Tampoco nosotros hablemos.
No figuremos nada que los surcos
del tiempo pasado puedan volver
a devorar otra vez.
En ayuno y vigilia pervivamos.
El canto vendrá desnudo,
así, dando la luz en plena cara,
o no vendrá. Nunca por cierto.

IV

Ahora están aquí; luego en ninguna parte.
Aunque la grava es una, su mudable color
finge diferencias y categorías; urde pastizales
y abismos —ilusión de carne
que se reproduce doliente
sobre los grumos,
hoy aquí, mañana dondequiera,
sin lugar seguro,
hasta que la muerte la deshace
cual un rayo solar a tanta bruma.
Y la muerte no es parte ninguna.
La muerte no es metáfora siquiera
ni cosa ni lesión sino distancia pura.
Llega y se va por donde nadie vino.
Y no siempre llega del todo.
A menudo se cuele por etapas,
descubriendo ventanas a través de las cuales
se miran alumbrar otras progenies
y reventar algunos enigmas coagulados,
bien que la niebla más obtusa persevere,
con sus espejismos de carne
y sus falaces matices cambiantes,
en espera del fin, anticipándolo
como desencantada del oficio.

V

Fue necesario que todos aquellos hombres,
no teniendo más casa ni refugio
en zona segura,
diéranse de lleno a la conquista
o a fallecer en las andanzas;
y buen recaudo hubo, según la vieja crónica,
de oro y de sangre, sacrificio
minucioso de siglos y jadeos,
y también la noticia de un gran río
—con ecos extraños
entre sus aguas vocingleras—
cuyo secreto buscaron en vano,
sin economizar insolaciones, ellos mismos.
De cuando en cuando, todavía,
la música libera los pantanos
y una frágil unción nos reverdece.
Ah,
el error fue buscar en pleno día
lo que sólo retoña pendiente del ocaso.
El oro supremo no fue conquistado:
Lo retienen las aguas
del río nocherniego.